Vidas humildes

La vieja masitera y cigarrera de Retiro C. A.

A quién andan por estofar al magnesio? — inquirió el sargento José Orozco, de la comisaría de Puerto Nuevo, más conocido en la estación Retiro Central Argentino que el torito Justo Suárez en Mataderos.

— A la rusa masitera y cigarrera que se gana el puchero en la vecindad de la oficina de abonos.

— *¡Pobre vieja!... Es clienta mía. He sido su protector y defensor. Me alegro que la vayan a estofar al magnesio. Yo le voy a proporcionar algunos datos que le servirán para el tuco de la parte en que moja el escriba. La vieja es media matrerona. Si usted la aborda, no le larga prenda. Vaya anotando, ¿quiere?*

— Vejanca...

— *Según su cédula de identidad, no anda lejos de los 70. De la Rusia que se codea con Polonia. Lleva diez y nueve años de residencia en el país. Yo hace rato que la conozco. Anduvo con sus masitas y sus fumantes a salto de mata por la zona de la comisaría de Puerto Nuevo. Los municipales y la policía, vuelta a vuelta le pegaban un levante por carecer de permiso para ejercer tan modesto comercio. ¡Pobre vieja!... Y hubiera seguido de Herodes a Pilatos si yo no intervengo conmiserativamente.*

— Buen gaucho, sargento...

— *¿Y quién no tiene una corazonada en esta vida que, para muchos, es tan perra?... La remolqué hasta la oficina del señor Juan Insua, jefe de Retiro C. A., y le dije: "Si usted permite que esta vieja se instale con sus masitas y sus fumíferos en una de las salidas de la estación, hará obra de caridad, señor jefe". Se ablandó don Juan, criollazo el hombre, y ahí la tiene a la pobre vieja, desde hace rato, en jurisdicción ferroviaria, sin que nadie la moleste.*

Amaina el movimiento de pasajeros después de la partida del tren nocturno a Rosario. Casi desiertos el gran hall y el "chupping - house". Tres tipos cabecean en las instituciones bancarias de aquél, y por la reja de la ventanilla de una boletería vese a un empleado que bosteza las horas muertas de su turno. Despiertan las campanas del reloj de la Torre de los Ingleses, Alcides Greca. Son las 22.15.

— *María Berenstein, la pobre vieja, cae a Retiro a eso de las 6 de la tarde, y levanta sus masitas y sus fumíferos a la 1 de la noche, para tomar el tren de la 1.15, del Central Córdoba, el último tren, que la lleva a Villa Adelina, o "Adilina",. como ella dice, donde se domicilia. Su clientela la forman los rusos y polacos que diariamente pasan por Retiro para luego desparramarse por la campaña, los Mateos y los canillitas, los mensajeros de la oficina del Correo y de las empresas ferroviarias. Ahora viene la parte triste. No todo ha de ser color de rosa...*

— Deje caer, sargento, las gotas de amargura en el vaso de una vida humilde.

— *Ahí van: el marido de la vieja, paralítico, postrado en cama, y su único hijo, a punto de quedarse ciego. ¡Qué película!... Con su trabajo los mantiene. De tarde y noche, vende masitas y fumantes; de mañana, cultiva su cachito de terreno para que la sopa de los suyos no resulte chirle.*

Félix Lima

© Biblioteca Nacional de España